

BABEL

REVISTA DE ARTE Y CRÍTICA

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
MORENO 1167 — U. T. 1273, RIVADAVIA

9

Precio en la Capital \$ 0.20 m/n.
» » el Interior » 0.25 »

SUMARIO

JOSÉ INGENIEROS: **SIMPATIA-JUSTICIA-SOLIDARIDAD** — ALEJANDRO KORN: **DIALOGO**
VICENTE MEDINA: **EL DRAMA CAMPE-**
SINO — RAFAEL ALBERTO ARRIETA:
EL LIED ARGENTINO — BENITO
LYNCH: **DE UNA NOVELA INEDI-**
TA — PEDRO SAJAROFF: **DOS-**
TOIEVSKY HOMBRE DE
ACCION — TOMAS ALLEN-
DE IRAGORRI: **SONETO**
CARLOS GRUNBERG:
GLOSA AL GLO-
SADOR
ETC.

LA VIDA LITERARIA -- CRONICA
MUSICAL -- ARTE PICTORICO --
PERSONAS, OBRAS Y COSAS.

CUADERNOS PUBLICADOS

AÑO I — TOMO I
Amado Nervo Florilegio, III Edición
José Ingenieros La moral de Ulises III E.
Almafuerte Espigas, II Edición
Julio Herrera y Reissig Opalos, II Edición
Martín Gil Cielo y Tierra
Ernesto Mario Barreda Canciones para los niños
Eduardo Talero Amado Nervo
Alberto Gerchunoff .. Cuentos de ayer
Leopoldo Lugones .. Rubén Darío
Florentino Ameghino. Los cuatro infinitos
Rafael Alberto Arrieta Selección lírica
Vicente A. Salaverri. La visión optimista

AÑO II — TOMO II
Fernández Moreno... Versos de Negría
Joaquín V. González. Música y danzas nativas
Rubén Darío Poemas
Arturo Capdevila ... La pena monstruosa
José Enrique Rodó .. Joyeles
Arturo Cancela Cacambo, II Edición
Armando Donoso ... Un hombre libre
Ricardo Rojas Canciones
Roberto J. Payró ... Historias de Pago Chico
Amado Nervo Pensando
Alfonsina Storni Poesías
Edmundo Guibourg .. Evocaciones

AÑO II — TOMO III
Horacio Quiroga Los perseguídos
Enrique Banchs Lecturas
Mario Bravo Canciones de la soledad
Roberto Gache Del vestido y del desnudo
Carlos Vaz Ferreira. Ideas y Observaciones
Poetas Argentinos .. Antología de / 1a. parte
Poetas Argentinos .. la Primavera (2a. parte
Roberto F. Giusti ... Anatole France
Enrique José Varona Con el estabón
M. Leguizamón Tradiciones del Pago
Delfina B. de Galvez Poesías
Luis María Jordán .. El Príncipe Mamboretá

AÑO III — TOMO IV
Juan B. Justo Ideas sobre Historia
Benito Lynch El pozo
Rubén Darío Páginas Olvidadas
Emilio Berisso Reminiscencias
Pedro Prado Las Copas
Almafuerte Evangélicas II Edición
Héctor Pedro Blomberg Gaviotas Perdidas
Ricardo Rojas La Universidad.
José Ingenieros Agustín Alvarez.

LIBROS PUBLICADOS

POESIA

- I. — Los Parques abandonados.
- II. — Los extasis de la montaña, por Julio Herrera y Reissig; Cada libro \$ 1.—

TEATRO

- LA MALA SED. Drama en tres actos, por Samuel Eichelbaum. Prl. de José León Pagano. \$ 1.—
- GRAINQUEBILLE, pieza en tres cuadros, por Anatole France. \$ 0.20

SUMARIOS:

No. 1

Libros de la guerra "Kobitek", por Arturo Cancela.
La vida provisoria, por Pedro Prado.
Dos sonetos, por Alfonsina Storni.
John Keats, por Rafael Alberto Arrieta.
Buenos Aires, por Elsa Jerusalem.
El sátiro loco, por Luis L. Franco.
Nuevos poemas, por Fernández Moreno.
Las virtudes y los vicios (cuento), por N. Schedrin.
El monstruo suelto, por Alberto Gerchunoff.
La reacción en la escuela, por Juan Pedro Calou.

No. 2

Filosofeula, por Leopoldo Lugones.
Poetas modernos, por A. Marasso Rocca.
Una escuela de escritores naturalistas, por Héctor Pedro Blomberg.
Canto del leñador, por Ernesto Mario Barreda.
Un sueño (teatro), por José Bustamante.
La voz de la sangre (cuento), por D. Mámin Sibiriak.
Epístola (texto corregido), por Rubén Darío.

No. 3

Catalina de Enclou, por Ricardo Rojas.
El compañero Iván (cuento), por Horacio Quiroga.
Símbolo (poesía), por Arturo Capdevila.
Nuestra Encuesta (Contestaciones de los señores: Ernesto Nelson y Alberto Gerchunoff).
Consejos paternales, por Martín Gil.
Los perfumes humildes, por R. Francisco Mazzoni.
El corazón del agua (traducción), por Luis L. Franco.
Panorama Grotesco, por Juan Pedro Calou.

No. 4

Juventud — Entusiasmo — Energía, por José Ingenieros.
Poemas breves, por Rafael Alberto Arrieta.
El arte de vagar, por Pedro Prado.
Bucólicas, por Monteiro Lobato.
La vaca empantañada, por Benito Lynch.
Más allá de las lágrimas, por T. Allen de Irigorri.
Gabriela Mistral, por Vicente Medina.
Un pequeño obrero (dibujo), por A. Bilis.

No. 5

Vida nueva, por Alejandro Korn.
Soneto, por Enrique Banchs.
Un personaje representativo, por Manuel Gálvez.
Modernismo, por A. Marasso Rocca.
A una Alondra, por Shelley.
Figuras, por Luis L. Franco.
Nido de huérfanos, por Ernesto Mario Barreda.
Canción, por Fernán Félix de Amador.
El ponepliegos, por Rafael de Diego.
Beethoven y Wagner, por Antonio Caso.
La tristeza de amar, por Enrique Kützler.

No. 6

Voluntad, Iniciativa, Trabajo, por José Ingenieros.
Poemas en Prosa, por Mario Bravo.
Ensayos y Fantasías, por Julio Torri.
Soneto, por Fernández Moreno.
Huelgas de moda, por Vicente Medina.
El cantar de los cantares, por Scholom Aleijem.
Glosario, por Eugenio D'Ors.
Alma íntima, por Zonza Briano.
El Ateneo, por Federico Morador.

No. 7

Momento, por Juan Pedro Calou.
La comedia del presupuesto, por Arturo Cancela.
La higuera, por Juana Ibarbourón.
Nuestro público melómano, por Rafael Alberto Arrieta.
El dogma de obediencia, por Leopoldo Lugones.
La más fuerte, por Augusto Strindberg.
Prosas breves, por Evar Méndez.
Balada, por Gabriela Mistral.
Espigando en Remy de Gourmont, por Juan Lazarte.

No. 8

El problema del trabajo femenino, por Rodolfo Senet.
La fiesta del mundo, por Arturo Capdevila.
El vampiro, por Horacio Quiroga.
Motivos de la ciudad, por Alberto Gerchunoff.
Paisajes y Elegías, por Arturo Marasso Rocca.
Escultura, por Rogelio Iruirtia.
El drama universal, por Antonio Caso.
Carta a los Estudiantes, por Miguel de Unamuno.
Discepolus y el pueblo judío, por Simón Scheimberg.

Por doce números. \$ 2 50 m/n.
» seis » » 1 30 »

Simpatía - Justicia - Solidaridad

por

José Ingenieros

I.—SIMPATIA

1. Simpatizar es comprender. — La simpatía es un secreto ritmo que pone en comunión los sentimientos, sin causa perceptible, anticipándose a toda reflexión sobre la conveniencia de la intimidad. Es confianza de ser comprendido, es deseo de serlo; simpatizar con alguien implica entregarse en alguna medida, sin temor a la deslealtad o la traición.

En todos los que trabajan, piensan o cantan, existe un fondo común de inclinaciones que pueden fácilmente vibrar al unísono; y en todos hay, a la vez, diferencias personales inharmonizables. La capacidad de simpatía predomina en los que saben comprender en los demás las tendencias homogéneas, y las cultivan, y las aman, gozando en su humano regocijo, sufriendo de su humano dolor; los incomprensivos, que viven escudriñando lo inconciliable de los caracteres, para mellar las propias aristas contra las ajenas, no pueden sentir simpatía ni despertarla, están condenados a sembrar la discordia y a sufrir de ella.

Todo lo que es humano puede provocar una resonancia moral; pero no todo merece la misma simpatía, ni ésta nace igual ante motivos diferentes. La más fácil es la simpatía física; la más firme es la que arraiga en la comunidad de ideales. Debe ser espontánea y sin límites para que sea duradera; poner reservas a su natural expansión, es matarla. No conoce barreras; la lengua y las costumbres pueden apresurarla, si son idénticas, pero no logran obstruirla por mucho que difieran. La afinidad de anhelos, de creencias, de esperanzas, acerca los caracteres y los hace simpatizar

trasponiendo la distancia y el tiempo; por eso se consideran hermanos todos los que sienten una misma ansiedad de Justicia, auscultando con idéntico fervor optimista el porvenir de la humanidad.

Saber encender la simpatía es un don natural, inexplicable y raro; saberla sentir, es un elemento decisivo de la felicidad. Los hombres que están inclinados a simpatizar con los demás son los mejores instrumentos de la armonía social.

2. La simpatía es bondad en acción. — Obra bien todo el que puede simpatizar, porque esta aptitud abueña al hombre apartándole del mal que conspira contra él mismo y contra los demás. La incapacidad de confiar en otros obstruye la felicidad; la simpatía es generosa fuente de dicha y nos impulsa a sentirnos elevados por todo lo que eleva moralmente a nuestros semejantes.

La intolerancia y el odio nacen de la incapacidad de simpatía; no se tolera al que no se comprende, no se ama al que no sabe comprender. La pérdida de este sentimiento es el martirio de los pesimistas y los fracasados; sufren por la felicidad que envidian y a veces disfrazan de escepticismo su amargura, como los malos críticos que murmuran de cien autores pero no consiguen igualar a uno.

La incapacidad de simpatía mata la confianza en sí mismo y siembra la discordia en los demás. Los suspicaces son antisociales, porque su acibar envenena a todos; donde entran, desatan los lazos más firmes del amor. En su desgracia llevan la fuente del propio sufrir; tiemblan de todo ruido y en toda sombra sospechan una celada; a nada se atreven,

suponiendo que los demás están contagiados de su propio mal; cuando necesitan de cómplices acaban por entregarse a los más viles, haciéndose manejar por seres sin conciencia y sin responsabilidad. Los que han vivido envenenando suelen morir envenenados.

La falta de comprensión y de confianza equivale al mal, es simple maldad en acción. Son escorias sociales los que viven de la hipocresía o esparcen la calumnia, los que fingen o mienten, los que ocultan una partícula de la verdad que saben para obtener una prebenda o un beneficio, los que alientan la indignidad ajena o no se avergüenzan de la propia; los cómplices del error o de la superstición, de la injusticia o del privilegio.

En la incapacidad de simpatía se incuban todas las degeneraciones del carácter. El engaño, la duplicidad, la arteria, la traición, el crimen, son inconcebibles en un corazón capaz de simpatizar.

3. La comprensión es premisa de la justicia. — Juzgar a los hombres sin comprender sus móviles, sus sentimientos o sus ideales, constituye una falta de moralidad; saber comprender a los mejores, es privilegio de pocos que pueden elevarse hasta su nivel, adiamantando la simpatía inicial en admiración firmísima.

Se asciende por grados las etapas de la comprensión. En su aspecto más simple la simpatía es una tendencia instintiva, que pronto engendra la ternura: como si un reflejo de los sentimientos ajenos estremeciera nuestro corazón y lo obligara a latir por ellos, poniendo al unísono la vida sentimental, entera.

Más honda comprensión existe en la solidaridad, que es simpatía consciente y pertinaz; la resonancia efectiva se eleva a unidad de creencias o de ideas, de actividad o de esperanzas. En la ternura la simpatía es íntima y encapullada; en la solidaridad es reflexiva y militante. Por eso la primera suele ser individual y pre-

EDICIONES SELECTAS AMÉRICA

EL 5 DE DICIEMBRE

PONDRA EN VENTA:

La Fiesta del Mundo (Nuevas canciones) de ARTURO CAPDEVILA \$ 2.00
El Amor de Schahrazada (Una noche de Las Mil y una noches), II edición » 2.50

PROXIMAMENTE:

Más allá de las Lágrimas, por TOMÁS ALLENDE IRAGORRI. . . » 2.00
Agenda Cervantina, por ALBERTO GERCHUNOFF » 2.00

side a la comunión en el sufrimiento, mientras la segunda tiende a hacerse colectiva y es necesaria para la comunión en el esfuerzo.

El más alto ritmo de la simpatía es la admiración. Súmanse en ella los sentimientos y los conceptos superiores de la personalidad, los que convergen a la elaboración de los ideales humanos. Al admirar reconocemos que lo admirado se acerca a nuestro ideal de perfección; por eso el hombre sincero admira las obras ajenas en razón directa del goce que sentiría si las hubiera creado. Ningún sentimiento revela mayor espíritu de justicia; ninguno tiene más alto valor educativo.

La simpatía se convierte en instrumento de perfección cuando impulsa a tomar por modelos sus más altos objetos y enseña a ser justo en la valoración de los méritos humanos. Aprendan los jóvenes a comprender y admirar, porque la admiración de lo superior estimula el deseo de igualarlo. Y es superior todo lo que aumenta el saber, la virtud y la dignidad entre los hombres; lo que tiende a armonizar los sentimientos de la humanidad; lo que puede encender la simpatía necesaria para servir grandes ideales.

II.—JUSTICIA

1. La justicia es el equilibrio entre la moral y el derecho. — Tiene un valor superior al de la ley; lo justo es siempre moral, las leyes pueden ser injustas. Acatar la ley es un acto de disciplina, pero a veces implica una inmoralidad; respetar la justicia es un deber del hombre digno, aunque para ello tenga que elevarse sobre las imperfecciones de la ley.

La perfectibilidad social se traduce en un aumento de la justicia en las relaciones entre los hombres. Esa creencia ha embellecido las inquietudes que en todo tiempo agitaron a los núcleos más morales de la humanidad y es de augurar que cada generación las renueve con creciente fervor en el porvenir. El mayor obstáculo al progreso institucional de los pueblos es la fosilización de las leyes; si la realidad social varía, es necesario que los principios de derecho experimenten variaciones correlativas. La justicia no es immanente ni absoluta; está en devenir incesante, en función de la moralidad social.

Todos los ideales melioristas tienen la justicia por común denominador; todos tienden a desterrar de

la sociedad algún desequilibrio. La justicia tiende a orientar la estimación hacia la virtud, el bienestar hacia el trabajo, la honra hacia el mérito; y es, por eso, la cúspide imaginaria de la moralidad, que sólo puede admirar como fecundos esos valores sociales. Cuando por ellos se mida a los hombres, habrá justicia en los pueblos; y no es varón justo el que no contribuye al advenimiento de esos valores en la medida de sus fuerzas.

2.—Los intereses creados obstruyen el devenir de la justicia. — Todo privilegio injusto implica una inmoral subversión de los valores sociales. En las sociedades carcomidas por la injusticia los hombres pierden el sentimiento del deber y se apartan de la virtud; el parasitismo deja de inspirar repulsión a quienes lo usufructúan y encenaga a las víctimas en la domesticación; los hombres viven esclavos de fantasmas vanos y la honra mayor recae en los sujetos de menos méritos. La justicia enmudece y se abisma.

Cuando en la conciencia social no vibra un fuerte anhelo de justicia, nadie temple su personalidad, ni esmalta su carácter. Donde más medran los que más se arrastran, las piernas no se usan para marchar erguidos. Acostumbrándose a ver separado el rango del mérito, los hombres renuncian a éste por conseguir aquél; prefieren una buena prebenda a una recta conducta, si aquélla sirve para inflar el rango y ésta apenas para acrecentar el mérito. Los hombres nieganse a trabajar y a estudiar al ver que la sociedad cubre de privilegios a los holgazanes y a los ignorantes. Y es por falta de justicia que los estados se convierten en confabulaciones de favoritos y de charlatanes, aptos para lucrarse de la patria pero incapaces de honrarla con obras dignas.

Loados sean los jóvenes que enarbolan una bandera de Justicia para aumentar en el mundo el equilibrio entre el bienestar y el trabajo. Sin ellos las sociedades se estancarían en la quietud que paraliza y mata; sin ellos la cristalina corriente del progreso, que jamás se detiene, tornaría mansa estabilidad de pantano que asfixia. Loados los que conciben más Justicia, los que por ella trabajan, los que por ella luchan, los que por ella mueren. Son plasmadores del porvenir, encarnan ideales que tienden perennemente a realizarse en la humanidad.

3.—El hombre justo rechusa toda

complicidad con el mal. — Niega homenaje a los falsos valores que ponen sus raíces en la improbidad colectiva. Los desprecia en los demás y se avergonzaría de usufructuarlos. Todo privilegio inmerecido le parece una inmoralidad.

El hombre justo se inclina respetuoso ante los valores reales; los admira en los otros y aspira a poseerlos él mismo. Ama a todos los virtuosos, a todos los que trabajan, a todos los que elevan su personalidad por el estudio, a todos los que aumentan con su esfuerzo el bienestar de sus semejantes.

El hombre justo necesita una inquebrantable firmeza. Los débiles pueden ser caritativos, pero no saben ser justos. La caridad es el reverso de la justicia. El acto caritativo, el favor, es una complicidad en el mal. Detrás de toda caridad existe una injusticia.

El hombre justo quiere que desaparezcan, por innecesarios, el favor y la caridad; la Justicia no consiste en ocultar las lacras, sino en suprimirlas. Los remedios inútiles sólo sirven para complicar las enfermedades.

El hombre justo no puede escuchar a los que predicán la caridad para seguir aprovechando la injusticia. Pero su respuesta debe estar en su conducta, juzgando sus propios actos como si fueran ajenos, midiéndolos con la misma vara, severamente, inflexiblemente; la complacencia con las propias debilidades constituye la más inmoral de las injusticias.

El hombre justo es capaz de rehusar un favor a su familia y a sus cómplices, sabiendo que la debilidad de su corazón encubriría un injusticia. El hombre justo es, por fuerza, estoico; debe serlo siempre y con todos, saber decir ¡no! a sus allegados y a sí mismo, cuando le asalta una tentación injusta. La madre de Pausanias llevó la primera piedra para que lapidaran a su hijo indigno...

III.—Solidaridad

1. La solidaridad es armonía que emerge de la justicia. — Es simpatía actuante y da fuerza a los que persiguen un mismo objetivo. Hay solidaridad en una comunión de hombres cuando la dicha del mejor enorgullece a todos y la miseria del más triste llena a todos de vergüenza. Sin esta fuerza que acomuna las voluntades y los corazones, imposible es realizar grandes ensueños colectivos; la cohesión de un pueblo en marcha depende exclusivamente del unísono

con que se ritmen las esperanzas, los intereses y los ideales de todos.

Donde falta justicia no puede haber solidaridad; sembrando la una se cosecha la otra. Gobernar un pueblo no es igualar a sus componentes, ni sacrificar alguna parte en beneficio de otras; es propender hacia un equilibrio que favorezca la unidad funcional, desarrollando la solidaridad entre las partes, que son heterogéneas sin ser antagónicas. La heterogeneidad es natural, por la diferencia de aptitudes y de tendencias humanas; y es provechosa, porque engendra las desigualdades necesarias para las múltiples funciones de la vida social. Siendo naturales, las desigualdades no pueden suprimirse; ni convendría suprimirlas, aunque se pudiese. La solidaridad consiste en equilibrarlas, creando la igualdad ante el derecho, para que todas las desigualdades puedan desenvolverse integralmente en beneficio de la sociedad.

Cuando se obstruye a un solo hombre el camino de todas las posibilidades, hay injusticia en la nación. Todo privilegio en favor de una casta, partido, sexo, facción o grupo, cohesionado en oposición a los demás, es un residuo de barbarie, violatorio de la justicia; las naciones están civilizadas en cuanto oponen la solidaridad total a los privilegios particulares.

La solidaridad se desarrolla paralelamente a la justicia que rige el equilibrio social. En las sociedades bárbaras, la lucha por la vida depende del desequilibrio entre las partes; éstas se van equilibrando en las sociedades civilizadas y aparece la asociación en la lucha por el bienestar común. La justicia obra eliminando los privilegios no sustentados en el mérito, que se mide por la utilidad social de las funciones desempeñadas.

2. El desequilibrio social engendra la violencia. — Cuando alguna parte de un todo se hipertrofia a expensas de las otras, la unidad funcional se altera y el juego de las recíprocas interacciones tórnase desatinado y funesto. Toda violencia es un efecto de causas; sólo puede suprimirse reparando el desequilibrio que la engendra. Oponer la violencia a la violencia puede ser un mal necesario, pero es transitoriamente una agravación del mal; sólo es un bien si de ella surge un nuevo estado de equilibrio fundado en mayor justicia.

Hay, sin duda, naciones pobres y

épocas de pobreza, que nadie puede prevenir ni evitar. La miseria de una sola clase, en cambio, nace del desequilibrio interno en la economía de las naciones: es una desproporción entre las funciones ejercidas y las recompensas recibidas. El hambre de algunos es siempre injusta, cuando otros ostentan opulencia; y lo es más si, como es frecuente, ella recae en los que trabajan para mantener en la ociosidad a los que no la sufren. La miseria, más grave para la mente que para el cuerpo, disuelve en los hombres los sentimientos sociales y entibia los vínculos de solidaridad.

La fe en la justicia de los demás es necesaria para no vivir como entre enemigos; el egoísmo, la avaricia, la usurpación, el robo, nacen de la falta de confianza y provocan la violencia, que es un efecto de la injusticia, aunque a su vez sea injusta. Es natural en las sociedades bárbaras, pero incompatible con un verdadero estado de civilización. Los intereses heterogéneos se coordinan favoreciendo el advenimiento de instituciones que aumenten la confianza en la lealtad de todos.

El odio y la hostilidad entre las partes son reflejos de viejas carcomas que perturban el equilibrio de la sociedad y rompen la armonía de sus funciones; esos funestos sentimientos sólo podrán extinguirse poniendo la Justicia como fundamento de la ética social, la Verdad como base de la cultura colectiva y el Trabajo como primera condición del mérito. El privilegio, la superstición y la ociosidad son los enemigos de la paz social.

3. La solidaridad crece en razón directa de la justicia. — Quien dice que ella es una quimera irrealizable, conspira contra el porvenir. Antes fué solidario el hombre en su fami-

lia; después lo fué en su tribu; más tarde en su provincia política, en su comunión religiosa, en su grupo étnico. Hoy la solidaridad puede extenderse a todos los componentes de cada nación, cuya unidad espiritual debe fincar en la convergencia de ideales, aspiraciones e intereses de cuantos piensan y trabajan bajo un mismo cielo. Y mirando más lejos: ¿por qué la solidaridad no estrechará algún día en un solo haz fraternal a todos los pueblos?

Ensueño... como tantas realidades actuales que en otro tiempo se dijeron ensueños. No neguemos a los corazonistas optimistas el hermoso privilegio de augurar el advenimiento de la paz y el amor entre los hombres; puede que en su ilusión haya una posibilidad, entre mil, de que llegue a realizarse. ¿Por qué cortaríamos esas únicas alas que impiden caer a la más bella esperanza de la humanidad?

Difundamos, entre tanto, una nueva educación moral que desenvuelva sentimientos de armonía y de justicia. La solidaridad convertirá en derechos todo lo que la caridad otorga como favores, y mucho más que ella no puede otorgar; pero también impondrá a todos la aceptación de los deberes indispensables para que desaparezca el odio entre los hombres, preparando el advenimiento de nuevos equilibrios sociales incompatibles con la violencia y la injusticia.

Violencia: reclamar derechos sin aceptar el cumplimiento de los deberes que les son correlativos. Injusticia: imponer deberes sin respetar los derechos correspondientes. Por eso la solidaridad puede considerarse definida en la más sencilla fórmula de moral social: "Ningún deber sin derechos; ningún derecho sin deberes".

Diálogo

por

Alejandro Korn

Del libro en prensa:
"La libertad creadora"

EL psicólogo: — La libertad que Vd. se atribuye es una ficción, un engreimiento infundado. Vd. no puede realizar un solo acto que no sea forzoso, determinado por motivos de los cuales no es dueño.

El sujeto: — Estoy ligado a la na-

turalidad y en cuanto no la domino, me someto. Mis actos solamente son de una libertad relativa, pero en ellos interviene un factor completamente libre que es mi voluntad.

El psicólogo: — Tampoco su voluntad es libre; la volición no es el

punto de partida de sus actos, sino un asentimiento obligado a los movimientos reflejos, que, por vías estudiadas y conocidas por nosotros, corresponden exactamente a la excitación recibida.

El sujeto: — Sin embargo distingo entre los actos propios y los impuestos.

El psicólogo: — Esa es una opinión subjetiva. Es un detalle insignificante, en un acto sus actos le agradan y en el otro no.

El sujeto: — Eso prueba que hay quien los aprecia. Además tengo propósitos y proyectos que quiero realizar.

El psicólogo: — Deseos y quimeras que Vd. forja al margen de los hechos. No determinan sus actos sino que son sugeridos por ellos.

El sujeto: — Entonces yo no intervingo en mis propios actos.

El psicólogo: — Vd. debe deshacerse de hablar de "mis" actos. Eso es una fatuidad. Vd. quiere y hace lo que no puede dejar de hacer y querer.

El sujeto: — De manera que no soy responsable de mis actos?

El psicólogo: — La responsabilidad es otra triquiñuela como la libertad. Se la han imbuído sus semejantes para tener un pretexto de enjaularlo cuando Vd. los molesta.

El sujeto: — Admirable triquiñuela. No le parece que estoy de más?

El psicólogo: — Mucha falta no hace. Solamente sirve para perturbar la exactitud objetiva de la experimentación científica.

El sujeto: — Admirable ciencia. Pero si renuncio a mi libertad de que vivo tan convencido, qué me queda?

El psicólogo: — Nada.

El sujeto: — Vd. es muy amable.

El psicólogo: — En realidad Vd. no es nadie, ni siquiera una hipótesis. Vd. es una resultante fugaz de energías disipadas, un adorno churrigueresco que la naturaleza ha agregado a su obra, sin la cual y sus necias pretensiones puede pasarse perfectamente.

El sujeto: — Cómo! Si la naturaleza no existe sin mí.

El psicólogo: — Qué error! Vea Vd. cómo los vegetales realizan todas sus funciones biológicas sin necesidad de una auto conciencia. La naturaleza no lo necesita a Vd. y nosotros lo eliminaremos.

El sujeto: — Mal hecho, porque se acabarían los psicólogos. Mientras tanto el mundo objetivo no existe si-

no en relación con un sujeto. El argumento vegetal prueba que tengo otras funciones que las puramente fisiológicas. Vd. me quiere convertir en un objeto e imponerme el yugo de la necesidad; pero yo no soy objeto sino lo opuesto, es decir, sujeto, y aunque Vd. me niegue me tomo la libertad de existir.

El psicólogo: — Pero cómo quiere Vd. escapar al orden natural y a sus leyes?

El sujeto: — De hecho. Dispone Vd. de alguna ley que me rijan?

El psicólogo: — La hallaremos por medio de la inducción y al efecto hemos ya reunido numerosos datos. Poseemos también normas generales aunque no son aplicables al caso individual.

El sujeto: — Pero ese detalle no invalida las normas.

El psicólogo: — Felizmente. Aunque no se cumplan, las normas existen, porque la psicología es una ciencia positiva y experimental.

El sujeto: — Entonces, como ocurre en las ciencias físicas, Vd. podrá prever lo que haré mañana?

El psicólogo: — Se puede, pero es difícil.

El sujeto: — Nada es difícil para un sabio; Vd. resolvería hasta la cuadratura del círculo.

El psicólogo: — Cosa sencilla si no mediara una magnitud irracional.

El sujeto: — Ah! hay magnitudes irracionales? Pero seguramente no en la psicología humana?

El psicólogo: — Yo podría explicarle todo cuanto Vd. ha hecho ayer.

El sujeto: — Valiente, eso es historia. Vd. hallaría fácilmente las razones objetivas de mis actos, pero siempre quedaría un remanente irreductible, un factor desconocido que perturba sus investigaciones. En psicología como en la historia o en la sociología le falla el torniquete de la casualidad, de la conexión necesaria, y por eso es que Vd. no puede predecir lo que haré en el día de mañana, en el cual el sol saldrá a la hora que le ha señalado el cálculo astronómico.

El psicólogo: — La salida del sol puedo calcularla porque tengo todos los datos necesarios, si los tuviera en el caso de Vd. calcularía matemáticamente sus actos.

El sujeto: — Le daré un catálogo de mis obligaciones, de mis gustos y de mis hábitos y agregaré mi árbol genealógico. Vd. observe mi ecuación individual y pronostique.

El psicólogo: — No es suficiente y además Vd. por desmentir mi pronóstico es capaz de hacer lo contrario.

El sujeto: — No le parece que eso podría llamarse autodeterminación?

El psicólogo: — De ninguna manera: eso obedecería también a un motivo aunque malicioso.

El sujeto: — Así es; el sujeto suele ser malicioso y en eso se distingue de los objetos y algunas veces de los psicólogos que siempre son ingenuos.

El psicólogo: — Celebro tanta suficiencia. De manera que Vd. es un ser abstracto, independiente de la naturaleza?

El sujeto: — No tanto, abstractos somos ambos; la naturaleza y yo ocupamos el mismo hogar, si bien un poco desunidos, porque mi compañera suele tiranizarme y hasta aprovecha de mis debilidades. Pero poco a poco consigo domesticarla e imponerle mi voluntad. No pretendo deshacerme de ella, porque mi existencia está ligada a la suya y además no carece de atractivos. Deseo sólo someterla y obligarla a mi servicio para gozar de paz y de plena libertad. Lo he de conseguir con el esfuerzo propio y con el auxilio de la ciencia.

El psicólogo: — Pues bien, a esa tarea precisamente contribuyo.

El sujeto: — Muy de acuerdo, pero respete mis fueros, yo no soy un muñeco, soy el sujeto libre.

El Drama Campesino

por

Vicente Medina

*La sequía
Las esperanzas
Pan, pan, pan...
El aguacero
La manga de langosta
La piedra del cielo.*

LA SEQUIA

NI que a Dios se lo pidas,
ni por más que suspires, ni que ruegues;
tómalo con paciencia,
pues, ya lo ves, no llueve
ni una gotita de agua, tan siquiera,
que tanto mal consuele.

En el cielo,
al igual que en los hombres que no sienten
las penas de los pobres,
ni el brillo de una lágrima se advierte!

Mejor es que no salgas,
aunque te desesperes:
de esta pena tan grande,
lo que más duele
es ver el mal que la sequía ha hecho,
¡el ver tanta miseria y tanta muerte!

Nada adelantas:
No suspires, ni ruegues;
y, si volver no quieres de vacío,
no vayas a la fuente...
¡tiene la sierra las entrañas secas
igual que algunas gentes!

LAS ESPERANZAS

PUESTAS las esperanzas en el cielo,
hemos considerado
la pertinaz sequía,
ruína de los campos...

Puestas las esperanzas en el cielo,
hemos mirado
enflaquecer los pobres animales
sin aguadas, ni pastos...

Puestas las esperanzas en el cielo,
hemos tirado
en el reseco polvo de la arada,
sobre la tierra, el grano...

Y, puestas en el cielo las esperanzas hemos
visto el milagro
de nacer en la tierra,
sin la lluvia, el sembrado...

Mas ¡ay! las esperanzas
la pertinaz sequía ha malogrado...
¡Ay, nuestras esperanzas en el cielo!...

Las esperadas lluvias no llegaron
y en la tierra abrasada,
secos los tiernos tallos,
las verdes sementeras,
como las esperanzas, se han borrado...

Y, puestas las miradas en el cielo,
y ya sin fé, ni rastro
de esperanza remota
de que se salve el año,
los rebaños hambrientos,
los animales flacos,
libres los hemos hecho
soltar sobre los campos...

Se perdió la cosecha... Vienen los animales
desde el reseco prado
¡y huella la pezuña de la gran patulea
esperanzas y ensueños y sembrados!...

PAN, PAN, PAN...

ME desvelé a media noche: la sequía
era pertinaz...
¡a sementera se perdía... los animales sin pastos...
¡qué iba a pasar!
Los hombres buscaban
trabajo, sin hallar...
Con miradas torvas miraban al cielo los pobres
y se les sentía clamar...
Renegaban unos, maldecían otros...
las criaturitas pedían pan...
Mi corazón decía: "Pan para los pobres...
Dios mío, ¡pan!..."

Me desvelé: "Dios mío
no se puede más...
¡qué va a pasar!"
Me pareció que el viento
me quería contestar,
porque en la noche
comenzó a murmurar...
Luego también
bramó el huracán...
después un relámpago
nos vino a iluminar...
"¿qué pasará?"

Por último contestó
rugiendo la tempestad:
"Los hombres
no saben esperar".
Me eché a temblar...
¡Esperar!...
"¡Dios mío,
no se puede esperar más!
Claman los pobres..."

las criaturitas piden pan..."
Rugió otra vez la tempestad
y sobre la techumbre de mi choza
las gotas de la lluvia se sintieron sonar:
"Pan, pan, pan..."

¡Bendita seas, lluvia! ¡Gracias, Dios mío!
Y la lluvia seguía: "Pan, pan, pan..."

EN EL PRÓXIMO NUMERO COLABORACIONES DE:

LEOPOLDO LUGONES

HORACIO QUIROGA

ALFONSINA STORNI

A. MARASSO ROCCA

PEDRO PRADO

ERNESTO M. BARREDA

FERNAN FELIX DE AMADOR

LUIS L. FRANCO

Etc, Etc.

EL AGUACERITO

MUCHO ha llovido;
(me dicen en la ciudad)
"ustedes los del campo
ya no se quejarán".
Y yo contesto:
"¡Ta, ta, ta...
Esto es según y cómo
se quiera tomar.
Ha llovido
regular,
si poquito para el campo,
mucho para la ciudad".
"¡Vamos, que bien les vendrá!"
(me suelen replicar).
"Sí, señor, (digo yo).
¡no faltaba más!
Claro que los sembrados ya perdidos,
no se pueden salvar,
ni ya los animales que de hambre se murieron,
pueden resucitar;
pero algo quedará:
los árboles y las flores
se han podido la cara lavar;
el maíz, recién sembrado,
sus hojas como puñales a relucir sacará;
las alfalfas y los tréboles
de gala se vestirán;
y las papas
su cabecita sacarán...
Más vale algo que nada:
no todo se perderá".

LA MANGA DE LANGOSTA

DEL Chaco, del misterio,
del seno de la ubérrima
soberana prolífica
Naturaleza;
de las impenetrables
vírgenes selvas,
de los lagos de césped del corazón del bosque,
llegan... llegan...

Como aquel torbellino del infierno dantesco,
de almas ebrias
de amor (las nacaradas
alas al sol abiertas)

pasan, pasan y pasan los acridios
en legionarias nubes inmensas...
Pasan enardecidos al fecundo
beso del sol primaveral, y vuelan
en voluptuoso vértigo de inacabable cúpula
hacia las anchas tierras...

Pasan sobre las aguas caudalosas,
sobre las islas verdes y la ciudad moderna...

Van hacia la llanura
donde los hombres siembran;
siembran sus esperanzas:
con ver sus trojas rebosantes sueñan...

A sembrar a los campos van también los acridios
aman, viven y engendran...

¡Van a sembrar la raza
de sus devastadoras generaciones nuevas!

Son las legiones del amor en marcha...
pasan, pasan y pasan en parejas
como aquel torbellino
de la visión dantesca...
Pasan, y, al sol radiante, nube de encantadoras
mariposas de luz se las creyera,
polvo de astros o, en pleno medio día,
camino sideral, manto de estrellas...
¡son, quizá, de inclemente, de pavoroso incendio
las amenazadoras aventadas pavesas!...
Son pavesas, a fé: lluvia de fuego
que arrasará las tierras
de promisión... Los hombres,
amos del mundo, anonadados tiemblan!

LA PIEDRA DEL CIELO

DE qué rosa cuajada de rocío?
de qué tersa laguna?
de qué ponzoñosa planta?
de qué mar amargo,
se evaporó una gota
y otra gota
y otra gota
y otra gota...
hasta formar en la negra nube
la piedra de granizo
que al caer,
con la violencia del rayo,
mató este pajarito
que solía cantar a mi ventana,
de la vida encantado y de los cielos?
¡Oh, rueda loca! Oh, máquina perfecta,
que haces rosas divinas
para lucir en cálices
lágrimas de rocío,
y que arrebatas lágrimas
para formar granizos
y matar pajaritos
desde las negras nubes!...
¡Oh, rueda loca! ¡Oh, máquina perfecta
haciendo y deshaciendo, en vértigo infinito!...

La piedra del cielo,
de la iglesia rompió el ventanal
y tronchó el rosal...
¡la piedra del cielo!

La piedra del cielo
desgajó el frutal
y arrasó el trigal...
¡la piedra del cielo!

Llora sin consuelo
el pobre afligido
que el pan ha perdido...
¡llora sin consuelo!

Llora sin consuelo...
¿Quién lo consolará
ni a quién le llorará,
si su mal le ha venido del cielo?

El Lied Argentino

por

Rafael Alberto Arrieta

Conferencia pronunciada en la Fiesta del Lied.

NOS reúne, señoras y señores, una sencilla fiesta de arte, organizada por artistas. Comenzamos a comprobar, quienes vivimos para la belleza, que en nuestro campo no existe el cercado ajeno. Pero hubo un tiempo en que poetas, músicos y artistas del color y de la forma, vivían separados, ignorándose recíprocamente o afectando, cada cual desde su rama, desdeñosa indiferencia por el árbol. En tanto, el arte indivisible tomaba bellas represalias, confundiendo los dominios individuales, hasta hacernos comprender que unía a las obras lo que separaba a sus autores. El fenómeno ha sido universal y la producción artística del último cuarto de siglo demuestra que las artes contemporáneas viven dentro de una mutualidad sin fronteras. ¿Quién puede asegurarnos dónde comienzan o terminan la música, la pintura, la poesía, en un poema sinfónico, en una tela, en un mármol, en un libro de versos de estos últimos años? Cada una de las artes ha invadido el campo fraternal, y las intervenciones y las correspondencias de la expresión han transfundido en tal forma los límites internos, que todas aparecen proyectadas fuera de su círculo tradicional, como en un "desplazamiento" de sí mismas. La comunidad de las obras ha precedido, pues, a la aproximación de sus autores. Pero ahora sabemos todos que la religión del arte nos hermana, por sobre las sectas más antagónicas, en el abrazo de la belleza. Y el libro, el concierto, la exposición artística, son templos a los que acudimos, indistintamente, con la misma fe y la misma esperanza.

La fiesta de hoy es, antes que todo, una afirmación de esa fraternidad. Músicos y poetas han querido tributar su homenaje a la primavera. El hombre que canta siente con profundidad el florecimiento del árbol. Bien venidos seáis, señoras y señores, a la fiesta de la canción.

Desde el instante que el "Lied" germano, nacido de labios del pueblo, fué graciosamente transplantado, como un rosal silvestre, por el arte, y transformado, sin desnaturalizar su til con que pudieran rivalizar en cual-

encanto primitivo, en joya de cultura, el "Lied" unió, con íntimo lazo, a músicos y poetas. Todos conocéis la historia de ese milagro; todos habéis escuchado las voces maravillosas de frescura, de inspiración, de sublime y sencilla grandeza con que Franz Schubert envolvió a centenares de pequeños poemas que comentaba su genio; todos habéis admirado, por ejemplo, la fusión de dos espíritus como los de Schumann y Heine, en sus "Liederkreise" inimitables. El poeta ha reflejado en una, en dos, en cuatro estrofas, su emoción instantánea, un episodio, un paisaje; el músico revive el asunto y lo traduce en su lenguaje, creando una atmósfera fónica a las ideas, proyectando a las palabras en un medio inefable para ellas, procediendo y prolongando al ritmo del poema con su propio ritmo.

No hay en el "Lied", por cierto, superposición ni predominio de un arte con respecto al otro, ni en él se diferencia lo principal de lo accesorio: poesía y música se complementan sin anularse. Dióse así el caso extraordinario de que la literatura poética del "Lied" alemán naciera dos veces: al brotar de la pluma de sus autores y al ser comentada, re-creada, por los músicos. El ejemplo ha sido imitado por todos los países cultos, y en la actualidad el "Lied" es ya patrimonio universal, comenzando por la propia palabra que, definitivamente incorporada al vocabulario artístico de todos los idiomas, asume la acepción específica a que acabo de referirme, así como decimos el "Lied" ruso, no-ruego o francés, aludiendo a la canción que reviste las formas esenciales del "Lied" alemán, pero singularizada en cada pueblo por sus elementos folk-lóricos o la sensibilidad étnica, y así diremos mañana, dentro de muy poco, el "Lied" argentino...

¿Por qué no? El verso de nuestros poetas ha logrado ya la musicalidad polirrítmica, la concisión y la intensidad dramáticas, la vaguedad misteriosa y sugestiva de los mejores "Lieder" europeos, y varios de nuestros compositores han demostrado la penetración psicológica y la técnica su-

quier campo. Sólo falta, pues, que unos y otros se aproximen, que los temperamentos afines se vinculen, que el fervor de un mismo ideal fusionen en la obra bella sus espíritus.

Ah! bien sé que la mayoría de nuestros músicos parece desdeñar el verso castellano. Ayer, cuando la romanza italiana era la flor de los galones, el verso italiano brindábase la única fuente de armonía verbal; hoy, seducidos por el "Lied" modernista de Francia, buscan en el verso francés la "nuance", la elegancia, la flexibilidad acariciante. Y bien, señores, yo pido vuestra anuencia para hacer, en dos palabras, la defensa de nuestro verso.

Instrumento plástico y sensible, cada idioma adquiere la estructura, el timbre, el color, la ductibilidad del pueblo que lo maneja. La música del verbo nace del corazón del hombre, el ritmo de las lenguas fluye del ritmo de los sentimientos, y en ellas son espejos de almas la rudeza, la tersura, el énfasis, la gracia, la sequedad, el esplendor. Oiréis decir que en los primeros siglos de la literatura castellana tuvo el idioma la vibración rechinante de las armas. En efecto, la espada del Cid golpeaba el hierro de las armaduras y el galope de los paladines redoblaba sobre la tierra seca de Castilla. Dura, recia, áspera, desapacible como el alma de los guerreros, es la canción de gesta que los conmemora. Mas todavía no tiene la ampulosa del éxito, ni conoce la retórica del orgullo, ni se embriaga con los vahos del poderío, que se reservan para la España en cuyos dominios no se pone el sol. Y precisamente, esta falta de crepúsculo privará a su poesía imperial de tintas intermedias, o sea de la suavidad melancólica que atempera la rudeza viril, y de la belleza del recogimiento frente al temblor nocturno de la primera estrella. Hay demasiado sol en esa lengua sin matices que ciega para iluminar, que evapora rápidamente toda frescura y que desconociendo la melodía del bosque umbroso, se complace en un rumor monocorde, de cigarras. Pero ¿cómo las mismas palabras tórnense dulces, jugosas, suspirantes, cuando las canta el labio húmedo de emoción; ¿Recordáis, entre las peñas desnudas y filosas del cancionero primitivo, aquellos romancillos de amor que ondulan, como arroyuelos serpentinos, irisados de picardía rústica, de penas galantes, y perfumados por todas las hierbas del valle? Y ya en el siglo áureo,

entre la vacuidad verbal de la lírica amorosa y la inflazón épica, áridas regiones del sentimiento, recordáis la voz celeste de los místicos, voluta impalpable, de luz perlada, que sube a dialogar con el éter y del éter toma la sustancia que da a la lengua de los hombres el acento de los ángeles? Pocos oasis, sin duda, pero que revelan la tácita riqueza del idioma, riqueza varía como la de un cofre de piedras preciosas, cofre que sólo se abre a quienes saben convertir su tesoro en lágrimas y sonrisa de emoción recóndita, o en camafeos de artificio. Y así admiramos la variedad espléndida de esa materia en la obra de los mejores líricos. Aquí el Marqués, que presta oídos a Provenza, dice cosas de brisa y de flor a las doncellas; aquí Garcilaso, que presta oídos a Italia, descubre al ruiseñor más dulce de su tiempo bajo su propia coraza de soldado; y el encantado Góngora nos ofrece su elixir diabólico y exquisito, como que está hecho con luces multicolores en un delirio de alquimista, y Quevedo, con la misma milagrosa materia, nos brinda troqueles para acuñar epigramas, y cáusticos para fijar la precisión incisiva en el acero. Desde aquellos tiempos hasta hace pocos años, no ganó mucho el idioma, por cierto, y perdió bastante. Mas yo deseo llegar de un salto a nuestros días, para repetirlos cuanto antes lo que todos sabéis, o sea que el castellano actual—el nuestro, el elaborado en América—ofrece, en la obra de sus grandes poetas, un instrumento flexible, musical, sutilísimo, capaz de recoger los matices más fugaces, de cincelar la joya más pequeña, de expresar el pensamiento que pudiera parecer informable; un idioma que sin perder en esplendor se ha liberado de la pompa, sin disminuir en vigor ha pulido sus aristas y sin caer en lo esquemático ha logrado la elegancia en la sobriedad. América, crisol de razas, conserva orgulosamente su lengua materna, pero también se muestra permeable a la armonía de las otras, y sin desnaturalizar la suya, enriquece la ablandando sus vértebras, dándole mayor elasticidad rítmica, mayor riqueza prosódica, e impregnándola en una atmósfera de simpatía social, de correspondencia humana, que le da medios expresivos para traducir la gama entera de la sensibilidad moderna.

¿Será pecado de presunción reconocer que la poesía argentina contemporánea es una prueba definitiva

de ello? El verso de nuestros poetas, cambiante, musical, multiforme como el agua viva, es, como el agua, cristal que refleja, en gota de rocío y en caudaloso torrente, los colores del cielo, pero nutrido por las potencias profundas que elaboran el licor precioso de los manantiales, transparente y expresa, asimismo, la dramática de la vida. Y esto lo saben nuestros compositores, lo cual nos augura, para dentro de breve plazo,—hay ya inequívocas manifestaciones—una escuela del "lied" argentino que ofrecerá joyas de alto valor artístico, dignas del más exigente repertorio europeo, pero sustancialmente nacionales por los elementos folklóricos que asimilen, o por la sensibilidad distinta y la modalidad vernácula que reflejen. Un serio obstáculo prolonga, sin embargo, el instante de una aproximación completa. Los músicos siguen prefiriendo el verso italiano o francés por su universalidad en el mundo de los intérpretes. Y bien sabemos que el castellano es idioma que apenas figura entre las grandes páginas

del repertorio vocal. Serio obstáculo, sin duda, que desalienta a los compositores, pero también salvable dentro de nuestros propios límites. Y precisamente, la prestigiosa institución en que nos vemos reunidos, y a cuyo frente desarrolla su obra un artista que tanto ha hecho por la canción argentina, podría asegurarnos que si cooperan todos los esfuerzos, la triple colaboración íntima que exige el "lied", no quedará trunca, entre nosotros, por la ausencia de ninguno de sus miembros.

Veamos, pues, en el acto sencillo que nos congrega, una simiente generosa de ese sueño. Nuestra canción popular es rica, original, inconfundible; ahora aspiramos a crear nuestra canción artística. Acaso, en día no distante, otra fiesta nos brindará los frutos sápidos que hoy vislumbramos con esperanza primaveral. Voces muy puras que los anticipan, escucharéis ahora mismo, en este pequeño jardín que precede al bosque.

He cumplido mi parte. La canción comienza...

De una Novela Inédita

por

Benito Lynch

AL verlas tan extrañamente silenciosas, se hubiera creído en algún disgusto de familia o por lo menos en la influencia de aquel gran viento maligno y propiciador de catástrofes, que desde hacía cuarenta y ocho horas soplaba implacable sobre los campos...

Doña Pacomía, con dos blancas rodajas de "papa" adheridas a las sienes y sentada ante un barreño, lavaba en él la carne para el puchero y la defendía de la codicia de las moscas, con un movimiento mecánico de su mano morena y sarmentosa. "El macho tuerto", aplanchaba unas enaguas, su hermana Carmela, cosía doblada en dos en un banquito y "La Talquina", apoyada en el contramarco de la puerta, fijaba sus ojos saltones y pensativos, en las lejanías polvorosas del horizonte o en las altas copas de los álamos, arqueados por el viento...

Sin embargo, ni la paz doméstica de la familia del puesto 2 de "La Indiana", había sufrido hasta entonces el más leve quebranto, ni podía acha-

carse tampoco a la influencia del Norte, otro daño comprobable que aquel dolorcillo de cabeza que aquejaba a la madre de Deolindo y que por otra parte ya tenían casi dominado, las dos rodajas de "papa" susodichas...

Lo que había en rigor de verdad quizá, era solo malhumor de impaciencia o cansancio de vanas conjeturas...

Ah!... Aquel estallido homicida de Santos Telmo, aquella sangre derramada y aquella "nueva y pecaminosa" pasión de la muchacha!...

En el puesto 2 de "La Indiana" en esos últimos días, "se ardió" más de una vez el asado en el fuego y "se pegaron" los guisos en el fondo de las ollas... Toda la familia ardía en fiebre de curiosidad, toda la familia ansiosa de saber más, dilatada las alas de la nariz mirando hacia el puesto de "La Estaca", como si hubiese esperado que el viento que volaba al ras de los pastos, pudiera traerle algún olor de tragedia...

Si por "El macho tuerto" hubiera sido, Deolindo Gómez, habría tenido

que estarse día y noche "bombeando", echado de bruces entre los matorrales de paja que circundaban el patio del puesto de "La Estaca" y los intereses de "The West Company" hubieran sufrido algún desmedro; pero, por fortuna para la compañía propietaria de "La Indiana", el mozo había heredado de su respetable progenitor, una noción muy clara del deber y además, estaba allí, ella, la anciana autoritaria, funcionando como un regulador de los entusiasmos juveniles:

—A ver, Liberata!... Parece mentira!... Delante de la criatura... (La criatura era "La Talquina" con sus seis lustros y sus ochenta y tres kilos bien cabales). A ver, Liberata!... Parece mentira!...

Y después de insinuar con un gesto discreto a su hija menor, la conveniencia de que se retirara de aquel sitio en donde los mayores debatían asuntos capaces de enfundar el candor de sus oídos, la puestera proseguía sonriendo ya y bajando la voz:

—Sos tremenda, Liberata!... A mí me parece que la que debe de estar enterada quizá sea doña María, la curandera, que sabe visitarlos tan amenudo... Mirá si le diera por caír pu acá a la viejita!...

Pero "El macho tuerto" se incomodaba:

—Salga de ahí, mama!... Está fresca!... Si va a estar esperando una a que caiga alguno e casualidá pa saber las cosas!... Yo digo que muy bien podía Deolindo darse una güel-ta por el puesto como quien no quiere la cosa...

Entonces la anciana puestera tonaba a ponerse grave con gran disgusto de sus hijas:

—¿Ah, ah?... ¿Pero vos estás loca, Liberata?...

—¿Y, qué tiene?...

—Tiene que no quiero que me lo distraigan a Diolindo... ¿sabés?... Tiene que hay mucho quihacer en el campo!... Eso tiene!...

—Bah!... Un ratito!...

—Ah, ah!... ¿Y vos vas a recorrer el campo, no?... ¿Vos lo vas a ayudar a "El gayeguito Isidro" a cortar el abrojo grande?... ¿Vos vas a echar los toros a la hacienda?... ¿Vos?...

—Güeno, no se enoje, mama, no es pa tanto...

—No; no me enojo m'hija, pero hay que ponerse en razón...

Y mientras la moza con un despechado alzamiento de hombros, echaba una mirada llena de ansias hacia

el rumbo de "La Estaca", la vieja puestera filosofaba melancólica:

—Caray!... Una compríende muy bien... Pero... no todo ha de ser diversión en esta vida!...

...Pero, lo cierto era que desde que Deolindo partió aquella madrugada para ir a declarar "y quizá también pa ver a Santos Telmo", la puestera y sus hijas mayores, no habían hecho otra cosa que discutir el drama de "La Estaca" y tejer comentarios:

—¿Pobre!... ¿No?... Cómo estará! ¿Qué irá a decir cuando le cuente todo? Quizá se güelva loco, ¿no?... ¡Y la muy sinvergüenza lo más chata!...

Pero como estos dichos cada vez más espaciados, no podían acortar el tiempo, ni menos aún las doce leguas bien cabales, que entre la ida y la vuelta, habían de pasar por fuerza debajo de la barriga del doradillo que montaba Deolindo, ocurrió al cabo, que las moradoras del puesto 2 de "La Indiana", poco a poco se fueron quedando en silencio y entregándose al parecer, en cuerpo y alma a sus ocupaciones respectivas...

Quien sabe cuánto tiempo hubieran permanecido así, a no haber ocurrido, que, "El macho tuerto", que planchaba a golpes y con tanto encono, como si la ropa aquella hubiera sido la grupa perezosa del corcel de su hermano, se encaró de pronto con "La Talquina", que estoicamente colocada a la puerta—por alguno de esos caprichos "que le había dao por agarrar" de algún tiempo a aquella parte—seguía contemplando el campo con ojos pensativos y tristes.

—Pero... Che!... Demonio!... Gínoveva—gritó furiosa.—A ver si salís de ahí, de una vez!...

"La Talquina", aunque sorprendida por la brusca interpelección de su hermana, al instante replicó con el mismo gesto iracundo:

—Avisá, ché!... ¿Qué hago yo?... ¿Querés decir?...

Pero "El macho tuerto" que en ese momento sentía sin duda un odio feroz contra el destino que, por haberla hecho mujer y no hombre, la había inhabilitado para ir a declarar a los juzgados, como su hermano, no la dejó añadir una palabra:

—Hacés — volvió a gritar — hacés que te estás ahí como una idiota, con la puerta abierta y haciéndome enllear la ropa e tierra, eso hacés!...

—Salí... Callate!...

—¿Cómo?... "callate!"... Mama!... Mirelá a esta mocosa!...

Pero antes de que la vieja puestera, que en esos momentos volvía del revés una robusta "tripa gorda" hubiera tenido tiempo de mover los labios, ya la disputa violenta había encendido los ánimos de las dos mujeres:

—Sos una atrevida!...

—Mejor!...

—Una deslenguada!...

—Mejor!...

—Una puerca!...

—¿Y vos?... "Macho tuerto!"...

Y pareció que iba a ocurrir algo tremendo: Ante aquel apodo injurioso que no ignoraba sin duda y que su propia hermana en un impulso irresistible acababa de arrojarle a la cara como una fresca boñiga, "El macho tuerto" se tambaleó como si hubiera recibido un "trabucazo" en medio del pecho; Carmela, sorprendida, levantó de la costura sus ojillos parpadeantes y la anciana puestera, dejando caer en el barreño la "tripa gorda" que manipulaba, se puso de pie, tan brusca y amenazadora y resueltamente, como en aquellos buenos tiempos en que "se la tenía tiesas" con su difunto marido:

—¿Qué decís, Gínoveva?... ¿Qué li has dicho a tu hermana?...

Y hubo algunos instantes de silencio solemne... "El macho tuerto" alentaba pensativamente mirando a su hermana con ojos estupefactos y lacrimosos y ésta aculada en la puerta, la miraba a su vez, con la expresión de extravío, del que arrepietido ya, de haber arrojado una bomba a sus plantas, tuviera que aguardar aún las consecuencias de la explosión formidable...

Doña Pacomía insistió severa:

—¿Por qué li has dicho eso a tu hermana?... ¿A ver?... Decí!...

Pero como "La Talquina" no respondiera y se limitase a inclinar la frente y como "El macho tuerto" de bruces ya sobre la blanca tabla de planchar, iniciase un tímido y cristalino lloro de chicuela infeliz, la madre de Deolindo Gómez, erguida en actitud hierática, ordenó a la atrevida, con el ademán, con la voz y con el gesto:

—Camíne enseguida pa su cuarto y métase en la cama, deslenguada!...

Y mientras los ochenta y tantos kilos de carne fresca que representaba "La Talquina", desaparecían sumisos y estremecidos, en las lobregeces de su alcoba, la puestera, ya más tranquila, agregó encarándose con "El macho tuerto", en tono de reproche:

—Siempre la has de estar azareando, vos también, Liberata! Tené en cuenta de que es una criatura!...

Y no hubo más, porque no podía habrelo, porque para eso, doña Pacomia había empleado durante cuarenta años todas sus energías y el concurso oportuno de cierta gruesa y descascarada vara de sauce que aún podía verse a la cabecera de su cama, erguida como una amenaza y respetada como un símbolo...

Sin embargo, la puestera aguardó en actitud avizoradora a que las cosas hubieran vuelto a la normalidad y solo cuando "El macho tuerto, enjugándose las lágrimas, tornó a empuñar la plancha y Carmela a zambullirse en la costura se decidió a ocupar de nuevo su asiento ante el fogón y a reanudar la tarea culinaria, con un blando suspiro:

—Pobre m'hijo... Vea que día más fiero le ha tocao!...

Después y por largo espacio, solo se oyeron en la pulcra cocina del puesto 2 de "La Indiana". además de aquel gran rumor del viento afuera y de los golpes de la plancha aden-

tro, el chapotear cristalino del agua en el barreño y las respiraciones acompasadas de las tres mujeres...

Doña Pacomia pensaba en tanto que iba examiando cuidadosamente las rosadas "presas" de carne, por temor sin duda a alguna traición de las "queresas" en que al fin y al cabo, Casiana la de "La Estaca", era más desgraciada que ella, con la hija tan "trompeta" que le había tocado en suerte... "El macho tuerto, olvidado por completo del viaje de Deolindo, de "La Negra", de "El inglés de los güesos y de "cuanto Dios crió", barajaba en su cerebro afiebrado mil venganzas pueriles contra su hermana; y, por último, Carmela, la pobre y desdibujada Carmela, volvía una vez más, todos sus pensamientos de solterona irremisible, hacia la imagen vaga y ya casi mística, de cierto mozo desconocido que veinte años antes y en una calurosa tarde de estío, le dijo sonriendo y al devolverle el jarro de agua que ella le había alcanzado en el palenque:

—¡Que Dios se lo pague, vida, y... guárdeme esos ojitos!...

derechos, proclamados desde lo alto del trono, debían iniciar, como lo iniciaron, un período nuevo en la historia de Rusia, y todo hombre medianamente instruido se daba cuenta cabal de ello. De ahí un sin fin de discusiones, de polémicas furiosas e interminables. Es evidente qué importancia debía adquirir el periodismo en esas circunstancias. La vida marchaba rápidamente, se necesitaba, pues, un medio de expresión rápido, siempre alerta, siempre atento a la cuestión del día. Sistematizar, ordenar, generalizar, todo eso que se hace en los libros, era imposible y fuera de lugar. El periódico adquirió personalidad, tuvo su filosofía, su política, su poesía propia: era el verdadero eje del pensamiento ruso.

Naturalmente que Dostoievsky, con su temperamento impresionable, nervioso, tan apropiado para esa labor de guerrillas, amordazado por ocho años de destierro, se lanzó de lleno a la acción.

Junto con su hermano fundó su primer periódico, el "Vremia" (literalmente "Tiempo") que apareció durante más de dos años. Además del trabajo invisible pero enorme de redactor, Dostoievsky escribió para el "Vremia" "Humillados y Ofendidos" y "Recuerdos de la casa de los muertos", que tuvieron un éxito rotundo y contribuyeron a cimentar la reputación del periódico.

De pronto, por un error, un malentendido con respecto a un artículo de Strájov que se tomó por una profesión de fe polaca, el "Vremia" fue prohibido por la censura. Esto sucedía en mayo de 1863. El incidente fue pronto aclarado, pero recién en febrero de 1864 consiguió Dostoievsky autorización para continuar el periódico, y eso con otro nombre.

En marzo aparece el primer número de "Epoca" que fue la continuación del "Vremia". Pero en el ínterin había perdido la mitad de sus suscriptores, el hermano de Fiodor Mijailovich había muerto, y el mismo Dostoievsky perdía a su esposa.

En 1865, por falta de dinero, "Epoca" no apareció más. Dostoievsky quedaba con 21.000 rubros de deudas. Marcha entonces al extranjero. A los cuatro años vuelve, y forma parte del "Ciudadano". En esos cuatro años había escrito "Crimen y castigo" y "El idiota" y su situación material había mejorado un tanto. En 1876 funda su tercer periódico: el "Diario de un Escritor", que continuó publicando hasta su muerte, con aceptación

e influencia continuamente crecientes. En esta época escribe, amén de varias obras cortas, "Los Hermanos Karamazov", formidable epopeya del canallismo y la degeneración del hombre.

La trabazón es, pues, íntima. Periodista y escritor conviven de continuo, y la fama del escritor no consigue nunca aletargar los bríos del periodista.

* * *

Tan intensa, tan influyente fue la prédica del "Vremia" y de la "Epoca" que Dostoievsky y sus colaboradores han merecido un nombre aparte en la historia literaria rusa: son los "póchveniky", es decir los que "prepararon el terreno". Veamos en qué consistió esa prédica. En esencia fue una tentativa de conciliar el "paneslavismo" con el "occidentalismo" en una única resultante que daría la pauta para el desenvolvimiento y la actividad del pueblo ruso. Enemigos sinceros del "paneslavismo", los "pochveniky" creían sin embargo que de todas las tribus eslavas, la rusa era la destinada a predominar sobre las demás, y por lo mismo repudiaban todo aquello que significara una imitación o una sumisión a la Europa Occidental; pero no negaban la cultura de los occidentales, sólo exigían que esa cultura fuera atraída y asimilada hasta ser un elemento orgánico de la vida rusa. Aceptaban esa cultura occidental como un "medio", nunca como un "fin".

En el "Diario" las ideas de Dostoievsky son un poco más confusas; hay allí mucho enredo, muchas contradicciones; se pasa del liberalismo extremo a un chauvinismo exaltado con suma facilidad. Pero, a pesar de eso, la norma general del "Diario" es la misma prédica de los "póchveniky", quizás en forma más exagerada. Por ejemplo, hablando de la situación de Europa, dice Dostoievsky en el "Diario":

"Los nuevos vencedores del mundo, — la burguesía, — han resultado ser, tal vez, peores que los antiguos déspotas, y la libertad, la igualdad, la fraternidad, fueron solo palabras altisonantes... Los cambios políticos de los vencedores no han traído ningún provecho: en el mundo han quedado tantos humillados y ofendidos como los hubo antes, o quizás más aún. La gran revolución (1789) no resolvió ningún problema social, ni concilió la discordia fundamental entre la riqueza y la pobreza. En Europa una y

otra se esperan mutuamente con las armas en la mano. En esto reside su pavoroso mal, la amenaza de futuras y sangrientas revueltas".

Esto lo escribía Dostoievsky en 1880. Es de admirar realmente la claridad profética de las palabras que transcribimos, y que los hechos, por desgracia, han confirmado plenamente.

Pero al lado de párrafos como el anterior, se afirma que Constantinopla debe ser rusa, que hay que conquistarla a toda costa, o que Rusia será la cumbre de la cultura Europea o que los polacos y los judíos son dos parásitos de Rusia.

En el "Diario" se encuentran también palabras que revelan la atención que Dostoievsky prestaba a la intervención de la mujer en la vida rusa. "La elevación de la mujer rusa, — dice, — en los últimos veinte años, es indudable. Su evolución ha sido sincera, valiente. Desde el primer momento impuso respeto. La mujer rusa expuso claramente su deseo de participar en la obra común, y se dio a ella sin segunda intención, por completo. En las últimas décadas el hombre ruso se ha hecho materialista, cínico, la mujer en cambio ha quedado fiel al ideal, a su realización. En su sed de instruirse, de estudiar, ha revelado seriedad, paciencia, dando un ejemplo sin igual de hombría".

De ahí que las mujeres trataran a Dostoievsky con respeto y admiración. En su correspondencia se encuentran infinidad de cartas contestando a jovencitas que acudían a él en demanda de consejo. Emociona el tono paternal y cariñoso de esas contestaciones de Dostoievsky, escritas a menudo mientras él mismo se encontraba en un estado desesperante, sin un centavo, trabajando por encima de sus fuerzas.

* * *

Existe en el léxico ruso una palabra que no se encuentra en ningún otro idioma, porque en parte alguna fuera de Rusia, existió tan característicamente el tipo de hombre de acción que define el término. Es la palabra "naródnik". "Naród" es el pueblo. "Naródnik" el que se dedica al pueblo. Decir de un hombre que ha sido un "naródnik" es evocar toda una vida de sacrificios, de persecuciones, de violencias, de penas, pero es también honrarlo con una enseña de popularidad, de gloria verdadera, de acción perenne y fructífera.

Y bien, Dostoievsky fue un "naródnik" en el más amplio sentido. Claro

está que no pospondremos su acción como tal, a su acción como artista; no, Dostoievsky fue ante todo un artista estupendo, un genio originalísimo cuya potencia se avalora pensando que tuvo tiempo para revelarse e imponerse a pesar de mil circunstancias adversas que habrían muerto por completo en cualquier otro temperamento las mejores dotes literarias.

Pero nos interesa aquí decir algo del "naródnik", pues que el artista es ya apreciado y conocido en todo su valer.

Aún cuando no comulgamos con algunos rasgos místicos de Dostoievsky, sus ideas fundamentales no pueden ser más simpáticas. Su tendencia a acercarse al pueblo, su prédica de que todo está en él, de que fuera de él, olvidándose de él, haciéndolo a un lado, no se llega a nada positivo es evidente en toda su labor de periodista y en gran parte de sus obras. El pueblo, sucio, humillado, pervertido es la piedra fundamental de todas sus creaciones. En esto Dostoievsky se hermana con todos los demás exponentes de la literatura rusa, él que tanto se diferencia de todos ellos. "Las circunstancias de casi toda nuestra historia, — dice, — han entregado el pueblo a la perversión, lo han aplastado, martirizado tanto, que raro es que haya conservado la forma humana, no ya su belleza. Pero es que el pueblo ha conservado esa belleza. Aquel que sea un sincero amigo de la humanidad, que haya sentido latir su corazón por los sufrimientos del pueblo, ese comprenderá y disculpará el lodo asqueroso en que está sumergido el nuestro, y sabrá descubrir brillantes en medio de ese lodo. Repito: juzgad el pueblo ruso no por las canalladas que hace a menudo, sino por lo grande y luminoso que siempre ansía. Sus ideales son limpios, fuertes y santos. La más alta y notable característica del pueblo ruso es su sentimiento y su sed de justicia".

Todo lo que hay de realmente hermoso en nuestra literatura, todo está tomado del pueblo desde el tipo de Belkin creado por Pushkin hasta lo mejor de las producciones de Gogol y Turgueniev.

Esto lo dice y lo repite Dostoievsky a cada instante. Y el pueblo no le fue ingrato: pagó con creces su deuda con el artista dispensándole en los últimos años de la vida esa gloria que día a día se agranda y se extiende.

Dostoievsky Hombre de Acción

por

Pedro Sájaroff

El 21 de Octubre próximo pasado se ha cumplido el primer centenario del nacimiento de Fiodor Mijailovich Dostoievsky.

Como un homenaje a su memoria publicamos el siguiente artículo, escrito especialmente para BABEL por nuestro compañero Pedro Sájaroff, y que trata uno de los aspectos menos conocidos de la obra del inmortal novelista ruso.

SI como novelista Dostoievsky posee renombre universal, no sucede lo mismo con su enorme labor periodística, que permanece casi desconocida para los lectores que no son del habla rusa. Y sin embargo, durante 20 años, desde su vuelta de Siberia hasta su muerte, esa labor casi es continua, solo interrumpida por prohibiciones de la censura, o por falta de dinero, y corre paralela a su producción literaria, como que la mayoría de sus novelas apareció por primera vez en los periódicos que Dostoievsky fundara y dirigiera. "El periódico, he ahí la gran obra" dice muchas veces Dostoievsky, y tanta es la importancia que le atribuye, que abru-

mado de deudas, muerto su hermano, deshecha su familia, no lo abandona y tanto le fué fiel, que el último número del "Diario de un escritor" se daba a la venta en los precios instantes en que su autor agonizaba en el lecho de muerte.

Olvidar esta labor de periodista y polemizador es imposible. Si mucha influencia tuvieron las novelas de Dostoievsky sobre la opinión pública de sus tiempos, no fué menos influyente su prédica desde el periódico.

Una pequeña revista a los acontecimientos de esa época, nos aclarará lo dicho.

Aunque su condena terminó en 1854, recién para mediados de 1859, y debido a gestiones de sus amigos, logró Dostoievsky instalarse en Petrogrado. En esos momentos la excitación popular era enorme. Se llevaba a cabo una emancipación general: del "muyik", del ciudadano, del niño.

Todo el mundo se creía llamado a resolver, o por lo menos a opinar; y en cuanto a temas de discusión, no faltaban: la vida nueva, los nuevos

Más allá de las lágrimas

por

Tomás Allende Irigorri

Cuando pienso en mi vida, no la encuentro, parece que he vivido embrujado: un ageno destino, amores, esperanzas... todo se desvanece ante el pase maléfico de un enorme esfumino.

Queda un dolor idiota que apenas estremece el grito más cercano o el gesto más dañino y una tristeza sorda que no se desvanece ni con lo más humano, ni con lo más divino.

La locura y la muerte me rondan sin descanso, las miro desde el borde, como a un hondo remanso de aguas muertas que atraen con su inmensa quietud.

Dónde está mi pasado? Y para qué el futuro! Se oye un llanto en la sombra y un andar inseguro... luego, calladamente, un siniestro glú, glú.

Glosa al Glosador

por

Carlos M. Grünberg

AYER, de la personalidad de Eugenio d'Ors, conocíamos, al través de algunos de sus libros, al escritor y al pensador. Hoy, que también conocemos al conferencista, nuestra humilde opinión, que ya entonces formamos, se ha corroborado. Eugenio d'Ors es un cronista personal y original, pero no un filósofo, porque le faltan, para serlo, profundidad científica en el detalle y elevación lógica en la generalización.

Sus glosas, artículos cortos y nerviosos, espejean, por su carácter, la humanidad de nuestra época: rapidez, improvisación, vértigo, momento. Son, en su género, el equivalente de las greguerías de Ramón Gómez de la Serna en el suyo; y así, mientras que las greguerías son imágenes,

aspectos sensibles de la realidad, las glosas son ideas, aspectos inteligentes de la misma. Por otra parte, la glosa de d'Ors recuerda también el aforismo de Nietzsche. Este pretendía ser el creador del aforismo moderno, que no era sino el antiguo rejuvenecido. La glosa d'orsiana es hija del aforismo nietzscheano, pero con otro carácter. En Nietzsche, teórico poderoso, temperamento vertiginosamente inductivo, aparece enseñada la generalización, el múltiple aspecto explicado por la unidad lógica de la fórmula. D'ors es menos audaz; y partiendo del hecho particular, se queda con él, después de haberlo despedazado en sus detalles, pero sin haberlo elevado a la región de lo trans-

cedental. (A veces, el lector incauto se deja engañar por una palabra terminada en ismo, casi siempre un neologismo, en el cual la idea aparece difusa o alambicada, porque esa palabra, en vez de ser la concreción idiomática de una idea, está encargada de sugerirla, de provocarla, de darla a luz en virtud de su fuerza creadora y de su poder de movimiento).

Lo innegable de la obra de d'Ors es el estilo, regularmente cortado, aunque más por las comas que por los conceptos. Hay algo del estilo de Diderot (de quien diríase que tiene también el gusto de las artes plásticas y de los temas científicos), pero con menos alcance. Diderot asocia las ideas multiplicándolas; d'Ors asocia las ideas reproduciéndolas. En otros términos: Diderot es nervioso — así su estilo — por temperamento, mientras que d'Ors lo es por carácter; y ya sabemos que el carácter es el temperamento modelado por la voluntad.

Hemos dicho más arriba que d'Ors no es un filósofo, y ahora añadiremos que es un poeta de ideas (los otros, los poetas a secas, lo son de imágenes). Su explicación dualista de la realidad universal por los dos elementos contradictorios (sin que él lo advierta) de ley y azar, es un error, una mera fantasía, un prejuicio elemental o sofisma de simple inspección (según la conocida clasificación de Stuart Mill), que le hace ver en el Universo las combinaciones que sólo hay en sus imágenes y en sus ideas. El azar, si se quiere, existe en la deliberación consciente que precede al acto de la volición; pero ni esa deliberación, ni esa conciencia, ni esa volición, ni, por lo tanto, ese azar, existen en el Universo. Además, si se acepta el azar, es preciso negar la ciencia, y viceversa, porque, como se sabe, la ley excluye el azar, y sin ley no hay ciencia. D'Ors, haciendo filosofía (a su manera, se comprende), se coloca fuera de la ciencia, y, por ende, fuera de la verdad. De esta manera, Eugenio d'Ors es un filósofo a la antigua, un filósofo anterior al positivismo, un metafísico de aquellos que planteaban cosmogonías arbitrarias y prematuras explicaciones del Universo. En definitiva, un filósofo no científico, un imaginativo de tendencia metafísica, un poeta de ideas, en fin.

La Vida Literaria

ANACONDA

Nuevos Cuentos de Horacio Quiroga, Buenos Aires 1921.

POSEE en alto grado Horacio Quiroga el poder animar con una fuerza misteriosa la naturaleza, de crear en torno de los protagonistas de sus cuentos un ambiente como maravilloso, y tiene a la manera de Maupassant o Poe, el "athos" que llamaban los griegos al don de penetrar y conmover los espíritus. Más que un hábil cuentista, es un fuerte narrador. Sus personajes son sencillos y en ellos cabe el espanto del misterio, de la muerte, del dolor, sin que se transfiguren ni se transformen en seres extraordinarios. Antes y después del episodio que el autor narra siguen siendo los mismos. Horacio Quiroga conoce muy bien el corazón del hombre en medio de la naturaleza, las supersticiones, creencias y percances que sufre, en plena selva, en presencia de lo que no podríamos definir con otra palabra que la de destino. El Chaco y Misiones están descritos, como paisaje, de mano maestra en "Anaconda". Quiroga va al fondo de las cosas y a veces parece revelarnos la vida intensa del río, del bosque, como de seres vivos henchidos de espíritu. En los personajes vulgares, especuladores, comerciantes, aparece la voluntad, en la lucha con la naturaleza y la fortuna tan intensamente que sería difícil llegar a una expresión más perfecta de la energía indómita del hombre; y todo, teniendo por fondo, o mejor dicho estando dentro de la vida potente de la naturaleza subtropical. Se nos ocurre pensar que un día Horacio Quiroga después de leer los cronistas de la conquista, escribiría una novela histórica de inusitada fuerza; nadie le disputaría el poder de evocar y dar vida al hombre en las selvas de América. Otro rasgo simpático en Quiroga es su amor a la naturaleza. Su cuento "Anaconda", nombre de una serpiente del Amazonas, huésped un tiempo del Chaco, es sin duda inverosímil, lógicamente inaceptable, pero su inverosimilitud encontraría en otro terreno antecedentes desde el famoso gallo de Luciano pasando por el Coloquio de Cervantes hasta el "Chantecler" de Rostand, y otras obras que Rubén Darfo ha estudiado bellamente en un trabajo acerca de los animales en el teatro español. La

cuéva de las víboras de Quiroga, impresiona profundamente y más que todo la lucha del ofidio ante la fuerza terrible y destructora del hombre.

Sería prolijo analizar detenidamente los cuentos de este volumen, recordemos para terminar estas líneas aquel pasaje tan lleno de emoción de la niñita Drever, a punto de morir, en donde evoca en forma conmovedora el amor paternal. La vida misteriosa, potente, pasa por casi todas las páginas de "Anaconda".

R.

PAISAJES Y ELEGÍAS

por Arturo Marasso Rocca. EDICIONES SELECTAS AMÉRICA. Buenos Aires 1921.

EL poeta ama su tierra montuosa — la piedra ruda, la sierra árida, donde recibiera el dón de la poesía, — y se identifica con ella. Como en libros anteriores, D. Arturo Marasso Rocca nos ofrece ahora, con valor afirmativo, el licor que exprime de su vida, en el huerto natal; licor sávido, tónico, denso, si bien mezclado de melancolía, que no en vano el poeta ha leído, también, todos los libros.

"Paisajes y Elegías" trae a nuestro ambiente literario aires de montaña, flores silvestres, aguas de manantial; pero la miel ha sido elaborada en la ciudad tumultuosa. Quiere decir que el poeta no ha podido desprenderse de la tristeza de la civilización, y sus ojos han vuelto al terruño velados por copiosas lecturas y panoramas interiores. Entre las cosas y ellos se interpuso la vida moderna, el recuerdo erudito, la sombra de los sueños despedazados, un alma que reconoce la pérdida de su frescura matinal. Y de ahí que las cosas que el poeta refleja y canta, aparezcan melancólicas, elegíacamente veladas por el complejo mundo interior del hombre.

Marasso Rocca nos ofrece, pues, en sus nuevos poemas, el canto de su tierra natal, impregnado de un honrado panteísmo al propio tiempo que de un trágico sentimiento individual. El paisaje de sus versos se desdobra en una visión emocionada de las cosas y en una repercusión filosófica del sér moral. Dualidad que, por otra parte, es apreciable en el libro anterior del Irico, y que define a Marasso Rocca como un soñador de cálida fan-

tasía al par que un reflexivo de intensa dramaticidad.

Nos place saludar en "Paisajes y Elegías" a un hermoso libro de poemas, vigoroso y delicado, inconfundible con esa producción trivial y ajena al arte puro que la primavera nos brinda habitualmente en frutos agradables.

A.

LAS ACEQUIAS Y OTROS POEMAS por Roberto Mariani. Buenos Aires 1921.

SE advierte entre algunos autores argentinos una tendencia muy pronunciada que los lleva a pintar de una manera esquemática lo vulgar y menos poético, no para animarlo y darle vida, sino para dibujar el asunto en algunos versos a veces sin ritmo, y que el autor con todo empeño trata de que resulten lo más prosaico que sea posible. Está dentro de esta escuela o manera el autor de este libro. Véase un ejemplo típico:

Aguardo en el andén
la llegada del tren.
Me canso en el andén.

Se diría que muchas de estas cosas están en Laforgue y aun en Francis Jammes dichas con elegante y a veces melancólica ironía. Pero no nos parece que sea este el camino más noble para el espíritu del verdadero poeta. Hasta hace poco no se hubiera considerado poeta a quien escribiera versos como estos:

En un pozo un caserón.
Es el hotel de Cacheuta.
Se ha volado una ilusión:
todo piezas, piezas, piezas. Etc.

Pero el gusto de los hombres varía. Existe la ley del progreso. Con todo el autor de este libro nos revela un natural talento, fuerza descriptiva, sentimiento y amor a la "vulgaridad cotidiana".

Hay en cada una de las partes del libro algunas composiciones logradas precisamente, las que están libres de influencia.

HORAS DE SOSIEGO

por Alcira Bonazzola. Buenos Aires 1921.

ESTE volumen de versos de la Srta. Bonazzola, tiene algunas poesías delicadas como "Mi secreto", "A una lágrima" (pág. 31, y en las otras, amorosas o descriptivas, hay a veces frescas imágenes. La versificación es variada y abundan los metros breves y armoniosos. Un sentimiento de suave resignación anima constantemente las páginas de "Horas de sosiego".

R.

Crónica Musical

CELESTINO PIAGGIO

HACE varios años, Celestino Piaggio era una promesa de nuestro arte musical y formaba su espíritu en una fecunda generación alrededor de Clementino del Ponte, Alberto Williams y Julián Aguirre. Poco a poco hemos conocido acompañados del éxito los nombres de: Pascual de Rogatis y José Gil, productos genuinos de esa escuela; Ricardo Rodríguez, que desarrolló aquí las nociones adquiridas al lado del prestigioso D'Indy; Celestino Piaggio, como Rodríguez, pero cruzando el oceano con una personalidad ya más definida; y quizás algún otro en este momento ausente de mi memoria. Después, hasta hoy, no surgen otros. ¿Será pobreza espiritual de la generación? ¿Será desprestigio de los profesores nombrados por su desasociación, por la excesiva importancia que dieron al comercio de la música? Es menester hacer una justa excepción para Clementino del Ponte caído prematuramente.

La primera audición de la Sociedad Nacional de Música tuvo lugar este año con obras de dos de aquellos maestros: Aguirre y Gaos; de aquella promesa transformada en hoy brillante realidad y de dos músicos sin afinidad con los anteriores: Cortés López y Schiuma. Ni Aguirre ni Gaos dicen nada nuevo, ambos con sus defectos y cualidades de siempre, bien conocidas y sin renovarse ni evolucionar. Así lo entendió el público también recibiendo con frialdad no usada habitualmente. Tampoco Cortés López ni Schiuma han presentado obras verdaderamente interesantes. Muy correctos y representando esfuerzos dignos de estimularse, especialmente Schiuma, en el difícil ejercicio técnico que resulta una sonata cuando para rellenarla no se dispone del relleno que sobró a Beethoven dejando algo a Franck.

Por sobre el resto de música insípida, como una antorcha de luz insospechada apareció la obra de Piaggio, desmentido rotundo a la versión circulada de que Vincent d'Indy corta alas y esteriliza la producción. Cuatro lieder, cuatro poemas, cuatro joyas, vibrantes de emoción y colorido, magistralmente variados y cocados desde la poesía inicial hasta

la maravillosa invocación final; cantados con visible cariño por María Magdalena de Ezcurra, espíritu exquisito de nuestra aristocracia social, rarísimo caso de cultura musical que en estas audiciones llena una grata y generosa misión.

Ha quedado Celestino Piaggio oficialmente reincorporado a nuestra Sociedad Nacional, la que debe ser nuestra representación exacta en actividad y valor musical. Su ausencia lo coloca felizmente en situación de independencia espiritual que ojalá se acompañe de la independencia material necesaria para mantenerse a la altura indispensable al fin de llegar a infundir savia nueva y generosa en este un poco egoísta y estrecho ambiente nuestro.

C. A. TARELLI

FIESTA DEL LIED

BAJO los auspicios de BABEL se realizó el 5 del corriente esta fiesta en el salón de actos de la Escuela Argentina de Música, gentilmente cedido por su director: el maestro don Julián Aguirre.

El programa confeccionado para la fiesta fué el siguiente:

I

Disertación acerca del Lied por el señor Rafael Alberto Arrieta.

RAMON Gómez Cornet es en realidad un valor?

Es indudable su personalidad vigorosa y demoliente. Demoliente? Sí, demoliente, porque bajo su mano gimen las formas comunes y tradicionales de la Academia, sin destruirse totalmente.

Aunque su dibujo no tenga el desdibujo que caracteriza a los avanzados del arte pictórico, es sin embargo barroco.

En sus cabezas al carbón hay la pesadez que caracteriza tanto a Renoir, sin ser influenciados sin embargo, por el célebre maestro. En otros dibujos el trazo es fino, delicado. Estado de ánimo (N. 7) es una cabeza de mujer en la cual Gómez Cornet lo-

II

Canto por la señorita Electra Rinaldini acompañada al piano por el señor Rafael González:

"Déception", "Chanson de la bohémienne", Tchaikowsky; "Beau Soir", Debussy; "Le Nil", Lerouse; "L'attente", Saint Saens.

III

Recitación por la señorita Berta Singerman:

"La calandria", Leopoldo Lugones; "Balbuco", Enrique Banchs; "El primer amor", Arturo Capdevila; "En una primavera", Alfonsina Storni; "Eramos tres hermanas", Rafael Alberto Arrieta; "Friso", Fernández Moreno.

El programa no pudo cumplirse en la última parte debido a la ausencia de la señorita Singerman. Pero, tanto la disertación acerca del lied por el señor Arrieta, como los lieder que la señorita Rinaldini cantó acompañada al piano por el señor González fueron muy celebrados por el numeroso público.

BABEL, alentada por el interés y la simpatía que han despertado esas reuniones, las repitará periódicamente. La próxima, que será de carácter helénico, tendrá lugar en los primeros días de diciembre y en ella la disertación estará a cargo de don Leopoldo Lugones.

En otro lugar de este número publicamos el interesante discurso de D. Rafael Alberto Arrieta.

Ramón Gómez Cornet

gra una intensa emoción. Aurora (N. 8) es otra cabeza de admirable factura. En la niña sentada (dibujo) el artista acércase en un todo a los "fauvistes". La mano derecha por ejemplo, desdibujada. Por descuido?; el cuerpo algo hundido, que se observa por lo demás en todas las figuras, y la cara de formas violentadas. Sin embargo es admirable de movimiento y de simplicidad.

El señor Gómez Cornet ha asimilado poderosamente los últimos movimientos de la pintura europea, tratando de conservar en cierta manera, una línea armónica que lo hace apartarse, tanto de los fumistas como de los académicos. Y esto que seguramente lo define original, creo que no

es más que la inteligencia y la cultura de este joven, aplicada eclécticamente con un raro buen gusto a su arte.

Más simpático sería que el señor Gómez Cornet pintase en plena libertad de formas. Lo lleva en su espíritu revolucionario.

Su color es grave y grisáceo, casi monótono, contradictorio las más de las veces con sus fondos. Acaso él mismo esté en contradicción con su fondo.

Es una niña (N. 6) cabeza expresiva, de ojos velados por las lágrimas, usa un fondo ajedrezado de violentas cuadrículas azules y amarillas, que continúa con un tono pardo en el vestido de la figura. Este fondo violento no quita brillo a la figura, realza desplazándola poderosamente, pero sin dar sensación de ambiente, lo cual hace que la figura parezca recordada.

En su auto-retrato hállase un fondo cubista. Un triángulo rojovivo, unos planos grisáceos y marrones más abajo el empapelado vulgar de una habitación cualquiera. La figura bien lograda; el colorido siempre personal... pero podríamos prescindir de sus cubismos, lo mismo en el retrato del poeta Del Riego, lleno de circunferencias azules, verdes y rojas. Esta cabeza de expresión reflexiva y anímica, de un dibujo perfecto se resiente como la totalidad de su obra por la carencia de luces y sombras. Y es que el artista parece prescindir de estos valores.

Su obra está en Urpila (N. 3) y Araña de Cuchihuareuna (N. 1). En estos dos cuadros el pintor pone de relieve con una vigorosidad e interiorización admirables, el alma de unas mestizas. La una honda, traviesa, reflexiva (véanse las palabras escritas sobre la pared, complemento psicológico de la figura) y la otra, donde el atavismo y la degeneración se muestran en los ojos, la frente y la boca (véanse los garabatos caricaturescos que le atribuye el pintor. Estos dos cuadros están impregnados de un fatalismo observado con inteligencia en dos niñas del Norte y realizado con intensidad emotiva. Gualito de Cuyo (N. 10) conserva el mismo carácter. A pesar de su tonalidad opaca, el color de Gómez Cornet resplandece hacia adentro y no hacia afuera.

En donde realiza un acierto técnico de colorido es en Poupée de París (N. 14). Se repite el ajedrezado en el fondo y en el piso, varios libros futuristas y una encantadora mu-

quita; cuadro lleno de gracia y de espiritualidad.

En sus naturalezas muertas logrará más el dibujo que el color. Hay cierta influencia de Cézanne.

Sus paisajes, excepto dos, uno fuera de catálogo, carecen de verdadero interés.

A pesar de influencias y defectos, este artista, de un temperamento vi-

goroso y una sensibilidad nueva, joven en edad y en espíritu, está en camino de realizar una obra poderosa de originalidad y quizás de trascendencia.

En suma, después de Gutiérrez Gramajo, esta es la nota más original y simpática en el arte nuevo argentino.

Andrés L. Caro.

Personas, Obras y Cosas.

PREMIO NOBEL

LAS letras francesas acaban de ser honradas una vez más con este premio universal.

El maestro Anatole France es el elegido por los académicos de Estocolmo para el premio de literatura correspondiente al año 1921.

La distinción al insigne escritor tiene en estos momentos un doble significado. Y si alguien no ha sabido advertirlo aun, sirva el magnífico gesto del maestro — que ha regalado el importe total del premio para socorrer a Rusia, para enseñárselo.

Sin duda pocas veces el premio Nobel ha sido adjudicado con tanta justicia. Bien ganado lo tenía el gran maestro desde muchos años atrás.

MONUMENTO A RUBEN DARIO

EN el número 6 de BABEL prometimos una campaña entre los intelectuales del país a fin de interesarlos por la erección de un monumento a Rubén Darío en nuestra ciudad.

La iniciativa — como supusimos — encontró en todas partes una acogida cordial y muchos son ya los escritores y poetas que han manifestado su adhesión.

Con el propósito de dejar constituida la junta encargada de arbitrar los fondos necesarios y adquirir el monumento, BABEL convocará para el sábado 26 del corriente a una reunión que tendrá lugar en el Círculo de la Prensa a las 17 horas.

Al acto quedan invitados todos los artistas de la ciudad.

UNA ELECCION ACERTADA

LOS estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras han dado una alta prueba de criterio en la elección de autoridades al elegir por unanimidad a don Ricardo Rojas para desempeñar el puesto de decano.

RECITALES POETICOS

DE los muchos recitales poéticos realizados últimamente, el más ameno y patriótico resultó el recital del Sr. Juan Ontes; quien dedicó el programa íntegramente a los poetas argentinos más consagrados, interpretando con naturalidad y eficacia poesías de: Belisario Roldán, Alberto Ghirardo, Manuel Gálvez, Gustavo Caraballo, Pedro Miguel Obligado, Luis María Jordán, Alfredo R. Bufano, Julio Díaz Usandivaras y Félix B. Visillac.

Un éxito clamoroso coronó la labor interpretativa del señor Ontes, siendo festejadas con igual entusiasmo todas las poesías del escogido programa.

Alentado, sin duda, por este éxito el señor Ontes anuncia para en breve otro recital en el que hará también un lugar a los grandes poetas de España: Rueda, Villaespesa, Cavestany, Carrère, etc.

LIBROS Y BIBLIOTECAS

CON este título la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares acaba de editar un folleto que contiene la historia de la institución desde su creación hasta la fecha y una serie de interesantes instrucciones acerca de los libros y Bibliotecas.

De la lectura del folleto se deduce la importancia de la obra realizada por la comisión que ahora preside el doctor Miguel F. Rodríguez.

Conservatorio Superior de Música
"PAGANINI"
 Fundado en 1902
 Subvencionado por el S. G. de la Nación
 Director Prof. JOSÉ G. VENDITTO
 Premiado por la Comisión Nacional del
 Centenario 25 de Mayo 1910
 con diploma de honor.
Corrientes 4626
 BUENOS AIRES

Pida Vd. a nuestra administración los
 libros de EDMUNDO MONTAGNE

Pordiosero de Amor (versos) \$ 2.-
 El Bazar del Iluso (versos) » 3.-
 El Fin del Mundo (cuentos) » 1.-
 El Cerco de Pitias (cuentos) » 2.-
 Estética (síntesis) » 0.30

Acaba de aparecer: LA GUITARRA DEL PUEBLO
 Precio: 1 \$ m/n.

Música para piano a \$ 0.20

Remitimos a cualquier punto de la República, libre de porte.
 Gran surtido de piezas modernas de baile y canciones. ::

VENTAS POR MAYOR Y MENOR
 LIBRERIA VIUDA DE FERRARIO
 SOLICITEN CATALOGO
 BOEDO 777 © BUENOS AIRES

OBRAS DE
ARTURO CAPDEVILA

De venta en nuestra administración

Melpómene (tercera edición) \$ 2.50
 La Sulamita (cuarta edición) » 2.50
 El amor de Schahrazada » 2.50
 El cantar de los cantares » 2.50
 El Poema de Nenúfar (2.ª edición)

PRÓXIMAMENTE
 La Fiesta del Mundo (nuevos poemas.)

Revista de Filosofía

Cultura, Ciencias, Educación
 PUBLICACION BIMESTRAL
 DIRIGIDA POR EL
Dr. José Ingenieros

aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina
 Exterior, " 5 " oro

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
 Avenida de Mayo 638 - Buenos Aires

Guía Profesional

DR. ADOLFO KORN VILLAFANE
 ABOGADO
 Estudio: Lavalle 1268

DR. MARIO OLIVIERI ACOSTA
 ABOGADO
 Estudio: Tucumán 781 U. T. 5525 Av

ANIBAL J. LUNA
 COMISIONES Y CONSIGNACIONES
 San Esteban 1913. U. T. 4199, Lib.

Laboratorio de Prótesis Dental de M. Sañán
SABINO P. SOLARI
 CIRUJANO - DENTISTA
 Se hacen trabajos inmejorables.
 No se nota el oro ni el caucho.
 Ombú 284

FABRICA DE COLCHONES
M. MALENKY
 CORRIENTES 3733
 Unión Telef. 3649, Mitre

COLECCIONES DE LOS CUADERNOS "AMERICA"

ENCUADERNADAS
 EN TELA

Vendemos a \$ 5 m/n.
 con el 20 % de descuento a los suscriptores o a las personas que se suscriban al hacernos los pedidos.

Solamente durante el año de 1921



Compañía Italo - Argentina DE Seguros Generales

Capital sumamente suscripto \$ UN MILLON m/n.

SEGUROS VIDA — INCENDIO — GRANIZO
 ACCIDENTES DEL TRABAJO — AUTOMOVILES
 TRILLADORAS.

Bmé, Mitre 460 □ Buenos Aires

U. Teléf. { 2523 } Avenida
 { 4032 }
 { 4828 }

Banquero de la Compañía:
 "BANCO COMERCIAL ITALIANO"
 Director General:
 JUAN CHECCHI

Helvecio Franzoni

FOTOGRAFADOS Y DIBUJOS © ILUSTRACIONES ARTISTICAS Y COMERCIALES
Rivadavia 1615 © U. T. 4208, Libertad © Buenos Aires

Ya está en venta Paisajes y Elegías

VERSOS
 POR

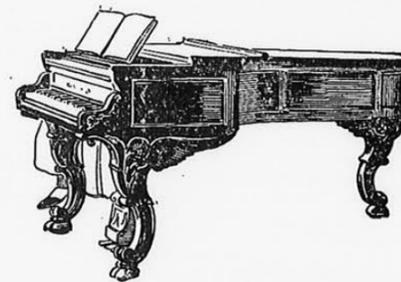
ARTURO MARASSO ROCCA

PRECIO: DOS PESOS
 EN TODA LA REPUBLICA



PEDIDOS A NUESTRA
 ADMINISTRACION

PIANOS Y MÚSICA



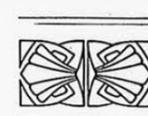
Cárls S. LOTTERMOSER

RIVADAVIA 853 BUENOS AIRES

UNION TEL. 2713, Rivadavia

COOPERATIVA ARTISTICA Sociedad Anónima Ltda.

CORRIENTES 641-647 U. TEL. 2858, AVENIDA



Taller de cuadros — Grabados — Aguas Fuertes — Utiles
 para dibujo — Materiales para artistas — Marcos de estilo
 Objetos para regalos — Cuadros originales



LIBROS DE POESIA PUBLICADOS

=====
POR LAS
=====

EDICIONES SELECTAS "AMÉRICA"

A LA DERIVA. — Canciones de
los puertos, de las tierras y de
los mares, por HÉCTOR PEDRO
BLOMBERG. \$ 250

LA FLAUTA DE CAÑA.— Versos
por LUIS L. FRANCO. » 2.—

FUGACIDAD — Nuevos poemas,
por RAFAEL ALBERTO ARRIETA. . » 2.—

PAISAJES Y ELEGÍAS.—Versos
por Arturo Marasso Rocca.

CeDInCI

EN PRENSA:

LA FIESTA DEL MUNDO
por Arturo Capdevila

PRÓXIMAMENTE:

MÁS ALLÁ DE LAS LÁGRIMAS,
por Tomás Allende Irigorri.

Pedidos a nuestra Administración:

MORENO 1167



Buenos Aires